

José Manuel MARRERO HENRÍQUEZ, coord., *Lecturas del paisaje*. Las Palmas de Gran Canaria, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2009, 180 pp.

Lecturas del paisaje está conformado por una introducción y por diez ensayos que abordan el concepto de paisaje como resultado de un proceso creativo, como una «realidad interpretada» (p. 11). La originalidad del volumen reside, sin embargo, en que éste no se limita a llevar a cabo un análisis meramente textual de dicha noción, sino que pretende revelar el referente que subyace tras ella. Esta voluntad ecológica pone de manifiesto la necesidad de recordar que, tras el paisaje como construcción cultural, hay un escenario natural cuya conservación debe convertirse en una prioridad para el ser humano puesto que su destrucción significaría no sólo la pérdida de nuestro ecosistema, sino también de nuestro imaginario cultural. La interdisciplinariedad del volumen desvela, además, las «profundas consecuencias éticas y estéticas» (p. 11) de esta empresa.

Lecturas del paisaje se enmarca en un valioso proyecto ecocrítico inaugurado por un excelente manifiesto ecológico, *Pasajes y paisajes: espacios de vida, espacios de cultura* (2006), continuado por *El paisaje literario. Antología* (2009) y apoyado por los Seminarios “Pasajes y paisajes: espacios de vida, espacios de cultura” que ya han celebrado su tercera edición (2011). Estos trabajos destacan, también, porque irradian desde un espacio geográfico insular, las Islas Canarias, cuya historia paisajística ha corrido paralela a los numerosos mitos que han circulado en torno a ellas desde la Antigüedad clásica. El paisaje canario surge, así, de la tensión aislamiento-universalidad, ya que las islas recluyen al ser humano, al mismo tiempo que lo exponen a innumerables influencias europeas, americanas y africanas. Esta paradoja simboliza la necesidad de preservar la naturaleza autóctona como parte del objetivo último de defensa de la biosfera. No en vano, el propósito ulterior de este libro es, como se desprende de su introducción, que el lugar sobre el que se moldea el paisaje pueda conservarse para las generaciones futuras, que el paisaje literario no se limite a «sobrevivir al lugar» (p. 11).

El volumen se abre con el trabajo de José Manuel Marrero Henríquez en el que se cuestiona la crítica literaria tradicional y su preocupación exclusiva por el análisis de la obra literaria como mera construcción textual. Si bien es cierto que la literatura utiliza el

lenguaje como medio de expresión, es indiscutible que ésta nace dentro de un contexto socio-cultural determinado. De manera que, como sostiene Marrero Henríquez, se hacen necesarios acercamientos críticos conscientes de que todo universo literario está intrínsecamente ligado a la realidad descrita. La ecocrítica debe, por tanto, revisar la tradición literaria con su mirada renovadora para recuperar la inocencia lingüística primigenia en el tratamiento de la naturaleza como fuente de inspiración, como origen del «sentimiento de «sobrecogedora sublimidad» (p. 26). La aproximación crítica desde los estudios culturales facilitaría, asimismo, la interpretación de la obra de arte como un ser vivo, en continua re-definición.

Los artículos de Nicolás Ortega Cantero y de Luciano García Lorenzo se acercan al paisaje desde su vertiente geográfica. Ortega Cantero repasa la historia de la geografía moderna desde sus inicios, a principios del siglo XIX, y su trascendental conexión con el movimiento romántico pues ésta posibilita que el paisaje no sea interpretado como una mera experiencia cuantificable, sino que lo dota de una plena significación cultural (pp. 33-34). García Lorenzo analiza, por su parte, la relación entre espacio urbano (Almagro) y teatro clásico desde el punto de vista de la geografía como experiencia humana compuesta de diversos niveles de subjetividad (p. 52).

Los trabajos de Túa Blesa y de Rafael Núñez Ramos reflexionan sobre la poematización del paisaje. Blesa repasa varias creaciones poéticas de corte mallarmeano, especialmente la obra de Edmond Jabès, para demostrar que el lenguaje poético depende de su capacidad de sugerencia para decir. El paisaje adquiere, así, su plenitud significativa en el poema (p. 65). Mientras que Núñez Ramos interpreta el poema como «resultado de una exploración del paisaje» (p. 82) que desencadena la verbalización del sentimiento provocada por éste.

Los ensayos de Antonio Puente, de Félix Ríos y de Luis Roca Arencibia se centran en el imaginario insular y en la representación paisajística de la identidad canaria. Puente explora la isla como «el espacio de ambivalencia existencial por excelencia» (p. 96) puesto que ésta oscila entre lo paradisiaco y lo asfixiante. Esta paradoja anímica se complementa con la «territorialización» del isleño y con la «personalización» del paisaje insular (p. 96). Ríos demuestra, por su parte, no sólo que la identidad canaria está determinada por la geografía del Archipiélago, sino que las diferencias entre las Islas Canarias se originan en accidentes espaciales concretos que funcionan como símbolos de éstas: El Roque Nublo en Gran Canaria o La Caldera de Taburiente en La Palma (p. 115), entre otros. Roca complementa estos análisis con un excelente recorrido por la irrupción del paisaje canario, utilizado en numerosas ocasiones como un reclamo turístico, en el cine. El autor apela, además, a la urgencia de

proteger el ecosistema autóctono para asegurarnos la supervivencia de las generaciones venideras (p. 157).

El volumen se completa con los trabajos de Yolanda Arencibia Santana y de Germán Gullón en los que se estudia la presencia del paisaje en varias novelas decimonónicas y contemporáneas. Arencibia repasa, magistralmente, la función del espacio en la novela realista española para llegar a la conclusión de que éste no es un mero escenario inerte, sino que se convierte en elemento activo, en «propulsor» (p. 129) de la narración. Al mismo tiempo Arencibia desvela la dudosa objetividad del movimiento realista puesto que la omnipresente mirada narrativa selecciona los fragmentos de realidad que desea transmitir al lector. No en vano, como señala Arencibia, el paisaje es «naturaleza mirada» (p. 133), subjetivada. Gullón refuerza esta visión del paisaje examinando el impacto de la aparición de la ciudad en la novela decimonónica. Inicialmente, el escritor realista debe enfrentarse al dilema de la inestabilidad del escenario urbano cuya naturaleza viene determinada por su esencia cambiante y plural (p. 146). Este ejercicio textual tiene, sin embargo, consecuencias inesperadas pues el arte participa activamente en la «humanización» del espacio (p. 147) con lo que se confirma el carácter cultural del paisaje.

Lecturas del paisaje confirma, en definitiva, la consolidación de los estudios culturales en el terreno académico español y la valiosa renovación de la crítica literaria tradicional que está llevándose a cabo a través de éstos. El auge de la ecocrítica constituye, asimismo, el arraigo de una conciencia determinada a proteger la biosfera, no sólo como proyecto ecológico, sino también como necesidad cultural. El atlanticismo de este volumen es sumamente enriquecedor puesto que las Islas Canarias son un lugar de convergencia natural de tres continentes con sus rasgos socio-culturales particulares y, por ende, con sus peculiaridades paisajísticas.

María Yazmina MORENO-FLORIDO
Chicago State University